

## Viajeros americanos en Andalucía durante los siglos XIX y XX\*

Isabel GARCÍA-MONTÓN G.-BAQUERO  
Carlos GARCÍA-ROMERAL PÉREZ

### RESUMEN

En este estudio se aborda la aproximación a la imagen que se tiene de Andalucía en los Estados Unidos e Iberoamérica, a través de los viajeros norteamericanos e hispanoamericanos por la Andalucía de finales del siglo XIX y principios del XX. Nos encontramos ante una multivisión generada por Washington Irving, Waldo Frank y John Dos Passos, a través del romanticismo, la búsqueda de sus raíces y la visión social en el caso de los norteamericanos que contrasta con el temor del viajero chileno, Sanhueza Lizardi, que receloso por las lecturas de libros de viaje franceses e ingleses, su viaje es más un reto para fundirse con la tierra.

**Palabras clave:** viajeros, norteamericanos, hispanoamericanos, Andalucía, siglos XIX-XX

### ABSTRACT

This article is an approach to the image we have of Andalusia in the United States of America and Iberoamerica through the North American and Hispanic travellers who travelled around Andalusia at the end of the 19th Century and the beginnings of the 20th Century. It is a multi-view generated by Washington Irving, Waldo Frank and John Dos Passos, through Romanticism, the search its roots and the social view in the case of North-Americans which contrasts with the fear of Chilean traveller Sanhueza Lizardi, who was suspicious because of his reading of books about English and French trips. His trip was more of a challenge to find his roots.

**Key words:** travellers, North-Americans, Hispanics, Andalucía, XIX-XX centuries.

---

\* Una versión de este artículo ha sido publicada en la revista *Aleph*, n.º 114, Manizales (Colombia), julio-septiembre, 2000.

A lo largo de la Era Moderna, las ciudades de Sevilla y Cádiz, dada la vitalidad de su tráfico marítimo, fueron de las ciudades ibéricas más visitadas por viajeros extranjeros. Pero a medida que España fue perdiendo influencia económica en Hispanoamérica, Andalucía fue perdiendo presencia en las rutas comerciales y protagonismo en los desplazamientos de los viajeros. Para el caso de los europeos se puede constatar este hecho a partir de finales del siglo XVII, y para los americanos a partir de principios del siglo XIX.

La Península Ibérica no se encontraba en el itinerario del «The Grand Tour» o «Le Grand voyage» especie de viaje iniciático que realizaban los jóvenes de las clases burguesas de la Europa occidental, económicamente influyentes, destinadas a dirigir negocios, y gobiernos. Tal viaje venía a durar aproximadamente dos años. Con él se pretendía que esos jóvenes burgueses trabaran relaciones personales, y reconocieran en sus experiencias vitales lo que habían aprendido en los libros. En estos viajes, que realizaban acompañados de un preceptor, visitaban los principales países europeos y sus respectivas cortes, sedes del poder y focos de irradiación de modas intelectuales y sociales, como París, Roma y Viena.

Aunque durante unas décadas España, y en concreto Andalucía, quedó al margen de esos circuitos, pues se consideraba que no había nada de interés que estimulase la formación y enriqueciese los conocimientos de esos viajeros ilustrados, llega un momento en el que se produce un viraje en las preocupaciones de los viajeros noratlánticos, que empiezan a incluir Andalucía como una etapa de sus periplos. A mediados del siglo XVIII se constata que los continuos y constantes viajes a los mismos lugares, las entrevistas con las mismas personas y la impresión de libros de viajes en los que se describían los mismos lugares geográficos, llegó a causar *tedio*, que no aburrimiento, entre aquellos que tenía que repetir una y otra vez lo que otros ya recorrieron, vieron y contaron. De modo que para esa época quienes se organizan para hacer «The Grand Tour» o «Le Grand voyage» empiezan a buscar otros lugares que descubrir para poder contar nuevas experiencias. Por tal razón se va trasladando la ruta de esos viajeros hacia la Europa meridional, y en concreto hacia el sur de la Península Ibérica, que empieza a ejercer atracción entre la gente del norte europeo por sus pretendidos caracteres exóticos, al ser considerada una tierra dominada por la mentalidad y costumbres católicas.

Parte de este redescubrimiento se debe al viaje del anglo-italiano Giuseppe Baretti<sup>1</sup> (1719-1789). Fue Samuel Johnson, organizador de una tertulia literaria a la que asistía Baretti, quien aconsejó a este que llevara un diario detallado de su viaje por España. Este viaje lo inició en 1770, y las cartas y el libro<sup>2</sup> que escribió suscitó gran interés por el arte, las antigüedades, la cultura, y las ciudades de Andalucía. A este viajero le siguieron otros viajeros ingleses y franceses a fines del siglo XVIII y durante las primeras décadas del siglo XIX como: Townsend, Swinburne, Twiss, R. Ford, Gauthier, Dumas, Laborde<sup>3</sup>.

Estos anticuarios, viajeros, y escritores europeos fueron leídos por futuros viajeros norteamericanos e hispanoamericanos, que encontraron en ellos fuentes de información e imágenes tópicas que suscribieron o rechazaron.

Precisamente en las líneas siguientes vamos a concentrar nuestra atención en el análisis de algunos de los relatos de viajes que nos dejaron algunos destacados viajeros norteamericanos e hispanoamericanos, que recorrieron tierras andaluzas a lo largo de los siglos XIX y XX.

## VIAJEROS NORTEAMERICANOS EN ANDALUCÍA

Uno de los primeros viajeros norteamericanos que se sintió atraído por el exotismo de Andalucía, y que contribuyó a acuñar una serie de imágenes de esa región que tuvieron gran éxito entre los románticos europeos y americanos, fue Washington Irving (1783-1859), norteamericano de origen escocés, que viajó por Europa entre 1804 y 1806 por motivos de salud. Se instaló en Liverpool en 1815 donde creó una empresa que no prosperó, regresó a Estados Unidos donde colaboró en diferentes diarios y revistas. Formó parte del servicio diplomático de su país. Viajó por primera vez a España en 1826 donde permaneció hasta 1829. Recorrió sobre

---

<sup>1</sup> *Lettere familiari di Giuseppe Baretti ai suoi tre fratelli Filippo, Giovanni e Amadeo*. Milano, 1761.

<sup>2</sup> BARETTI, G.: *A journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain and France*. London, Printed for T. Davies... and L. Davies, 1770.

<sup>3</sup> GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C.: *Biobibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000 y *Biobibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XIX)*. Ollero & Ramos. Madrid, 1999.

También puede consultarse: SÁNCHEZ MANTERO, R. y otros: *La imagen de España en América, 1898-1931*. Sevilla, 1994.

todo Andalucía e investigó en el Archivo de Indias. Fruto de esta primera estancia en España es su libro *The Alambra* (1832), en el que ofrece una visión romántica de Granada. Fue nombrado embajador en Madrid en 1842, regresando a Estados Unidos en 1846<sup>4</sup>.

Precisamente la imagen de España que se difunde por Estados Unidos hasta nuestros días es la de *The Alambra*, este escritor romántico dio a conocer Granada, divulgando las tradiciones moriscas de leyendas y romances. Se puede considerar a Washington Irving como el contrapunto a los viajeros anglosajones del siglo XIX. Su relato no es un libro de viajes a la manera del de Richard Ford<sup>5</sup>, que se convirtió en la guía descriptiva de viajes más utilizada y leída en el siglo XIX, ni se asemeja a las descripciones de Henry David Inglis<sup>6</sup>. Washington Irving busca lo maravilloso, lo mítico y lo fantástico, y como romántico intenta captar la esencia del carácter del pueblo, que percibe en sus manifestaciones festivas, por lo que fue un asistente asiduo a fiestas populares y aristocráticas, ya que no solo intimó con el pueblo llano sino también con la aristocracia granadina.

Este viajero norteamericano acuñó una serie de imágenes de Andalucía que tuvieron gran circulación posteriormente. Viajó por esa región en 1829 y su libro *The Alambra* se tradujo al castellano con el título de *Cuentos de la Alhambra* en 1831. Desde esa fecha no ha dejado de reimprimirse. Mezcla realidad y ficción, como hizo el escritor y cabalista polaco Jan Potocki en su *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Pero a diferencia de este, Irving, viajó, vivió y conoció la Alhambra.

*Los cuentos de la Alhambra*, se escribieron en los salones contiguos al «Patio de la Lindaraja», que fueron las habitaciones de Felipe V. Los

---

<sup>4</sup> Hay una edición de sus diarios españoles *Washington Irving diary: Spain 1829-1829* (The Hispanic Society, 1926).

<sup>5</sup> FORD, R.: *A Hand-Book for travellers in Spain and Readers at Home describing the Country and Cities, the Natives and their manners with notices of Spanish history*. London, John Murray, 1845. (Numerosas ediciones, reimpressiones, traducciones)

<sup>6</sup> INGLIS, H. D. (1795-1835) viajó por España en 1830. Sus impresiones son parecidas a las de cualquier otro viajero inglés: la pobreza de las gentes, la religión, los mendigos... Su primer libro de viajes apareció con el título *Spain in 1830* (1831) y la 2.ª ed., en 1837, en la que incluye a modo de introducción una visión de la situación política y social de España; la tercera edición de este libro es *Rambles in Spain*, agrupa en volumen los dos de las ediciones anteriores. En el verano de 1835 realizó otro viaje por España *A summer in Spain: being the narrative of a Tour, made in the summer of 1835* (1836), es una ampliación de la 2.ª ed. de *Spain in 1830*. Por último quiso contar a los lectores ingleses su periplo por las tierras de España siguiendo la ruta del Quijote, los publicó en *Rambles in the Footsteps of don Quixote* (1837).

cuentos y leyendas del escritor americano nos dan la idea de una Granada: rica, de hermosas mujeres, culturalmente avanzada, enigmática... donde las mujeres moras son celosamente guardadas como ocurre en el cuento la *Torre de las Infantas* en el que las princesas moras viven encerradas por su padre y por azares del destino conocen a unos caballeros cristianos. Dos de ellas huyen de las torres y son felices con ellos; pero la más pequeña duda y se queda en la torre donde muere de pena y amor.

Aparece en ellos la figura del astrólogo, que al igual que en los cuentos de las mil y una noches, mediante invocaciones al mundo de las sombras hacen florecer ejércitos, invisibles e invencibles, que derrotan al enemigo como en la *Leyenda del astrólogo árabe*. La montaña, siempre ha estado presente en las leyendas y en los cuentos sobre los moros, en las montañas y sobre todo en sus cuevas se enterraban los tesoros, pero también servían de escondite. El Astrólogo que hacia surgir ejércitos de la nada, pidió una bella mujer como recompensa al rey de Granada, que no accedió al deseo de este astrólogo, que la rapta y huye con ella al centro de una montaña, con esta huida el rey cae en desgracia y sus designios positivos se tornaron en derrota.

Los cuentos más interesantes de Irving son los que se refieren al último rey de Granada Boabdil, que según la creencia popular no abandonó Granada, ni él ni su ejército, y los barcos que se marcharon al Norte de África eran ilusiones ópticas, magia hecha por alguno de aquellos nigromantes y cabalistas que frecuentaban la corte granadina. Irving narra esta leyenda, recreada también Potocki. Para Irving, Boabdil se refugió con su ejército en el interior de una montaña. Algunas noches sale de su reino de sombras acompañado de sus huestes dirigiéndose a la Alhambra. Algunas veces se hace acompañar de sus íntimos; en otras ocasiones estos junto a sus hombres se quedan a las orillas del río, y se puede ver al Boabdil paseando por los salones de la Alhambra.

Abandonando el siglo XIX y adentrándonos en la segunda década del siglo XX nos encontramos con dos viajeros norteamericanos fundamentales. Uno de ellos es Waldo Frank (1889-1967) escritor judeo-norteamericano, coofundador de la revista *Seven Arts* (1916-1917). Su obra muestra un gran interés por diversas ciencias sociales como la sociología y la economía. Fue comentarista social sobre temas hispanoamericanos y españoles. Su libro *Virgin Spain: Scenes from the Spiritual Drame of Great People* (1926) fue traducida al año siguiente por León Felipe para la *Revista de Occidente*. Desde 1927 hasta hoy se ha reeditado en nume-

rosas ocasiones ya en el original inglés o en su versión española. Nos encontramos con una visión de España y lo español muy diferente de la que hizo Washington Irving casi un siglo antes.

Este libro se fraguó en el Madrid de 1924. Su prologuista, Alfonso Reyes (México 1941) dice que cuando se encontró en Madrid con Waldo Frank le sintió tan interesado por lo que estaba viendo que le dijo: «No olvides que España es el camino para nuestra América». Hacía aquí el mexicano Alfonso Reyes un llamamiento al subconsciente colectivo de Waldo Frank. Este en sus observaciones ibéricas y andaluzas iba buscando constantemente huellas de la cohabitación de las tres culturas, la cristiana, la islámica y la judía, y las razones de la pérdida de Sefarad. Su libro lo divide en tres partes. El pasado «*Parte I: España*» donde la Andalucía árabe y judía y la Castilla cristiana son sus protagonistas. El pasado «*Parte II: la tragedia de España*» en el que analiza la uniformidad de lo distinto efectuada por los Reyes Católicos, prestando atención a tópicos como la ascética, el misticismo religioso tan sólo roto por la hidalguía, la voluntad y la prosapia de un héroe como don Quijote. Esa tragedia de España va de la mano de la «corrida de toros». En el apartado «el hombre y la mujer», Waldo Frank nos va mostrando los opuestos de la cultura española, Isabel y Fernando, Calixto y Melibea, Dulcinea y don Quijote; Santa Teresa y San Juan de la Cruz... Esa ambivalencia es una defensa ante el caos, pues «la tragedia de España es su triunfo y su triunfo es el equilibrio perfecto de su energía despedazada en dominantes formas de voluntad»<sup>7</sup>. «*La Parte III: más allá de España*» busca el futuro, la fractura vasca y Cataluña, el despertar andaluz y sobretodo el reencuentro con lo americano.

Waldo Frank va llevando al lector norteamericano de la mano por la historia cultural, la sociedad y las costumbres de España. El libro se desenvuelve en dos planos: uno de ellos meramente mostrativo de la cultura y la historia a través de figuras como el Greco, Juan Ramón Jiménez o de diversiones como «las corridas de toros», y el otro filosófico que busca el reencuentro con las raíces americanas en una España aún virgen e inexplorada y mil veces descrita.

El otro gran viajero norteamericano, coetáneo del anterior, es John Dos Passos (1896-1970), de ascendencia portuguesa. Se encontraba en España estudiando arquitectura cuando los Estados Unidos entraron en la Gran Guerra. Se alistó al igual que lo hicieran Hemingway y Cummings en el cuerpo de ambulancias. Trabajó como corresponsal y periodista.

<sup>7</sup> FRANK, W.: *España Virgen*. Aguilar. Madrid, 1989, p. 250.

Cuatro años antes del libro de Waldo Frank publicó su visión de España en *Rocinante to The Road Again* (1922), que fue traducido en 1930 por la editorial madrileña Cenit con el título de *Rocinante vuelve al camino*. Su relación con España no queda ahí, pues posteriormente escribió un libro sobre el desencanto de un joven izquierdista en la guerra de España: *The Adventures of a Young Man* (1939).

En su relato de viaje no trata de reencontrar ninguna raíz ni personal ni filosófica, a pesar de su ascendencia portuguesa. Más bien lo que se propone es investigar la realidad social que ha llevado a las gentes de España a la pobreza. Se interesa por aspectos diversos del carácter español y de su cultura, como las miserables condiciones laborales y la intolerancia política. Para describir el carácter español acude a tres personajes alegóricos: uno, el que da título al libro, es *Rocinante*, el caballo flaco, tísico, medio muerto, pero orgulloso de don Quijote; otro, *Telémaco*, que pertenece a la mitología griega, es el prototipo del amor filial, el joven que demuestra siempre piedad, ingenuidad y virtud, ante lo que ve; y en tercer lugar, como contrapunto a su compañero de viaje, *Lieo* que representa lo dionisiaco, símbolo del desencadenamiento ilimitado de todos los deseos, y que representa en esta obra las ganas de vivir y de sentirse vivo.

Su descripción de viaje se acompaña de varios poemas que se van glossando en la andadura del viajero. Empieza con Jorge Manrique, y continúa con el poema del Cid. Dos Passos da a conocer a lector norteamericano no sólo su visión de España sino también diversos aspectos de su vida cultural pues presenta semblanzas de grandes poetas y dramaturgos del pasado como Jorge Manrique y Jacinto Benavente, y de figuras literarias de su presente como Juan Ramón Jiménez.

## VIAJEROS HISPANOAMERICANOS POR TIERRAS ANDALUZAS

La emancipación de la América española de su metrópoli a principios del siglo XIX significó que las elites hispanoamericanas reorientasen su mirada hacia otros centros políticos y culturales. De ahí que los viajeros que se desplazaban a Europa optasen por pasar largas temporadas en París o Londres y desdeñaran adentrarse en tierras ibéricas.

No obstante algunos empezaron a incluir a España en sus itinerarios europeos. Así sucedió con el chileno Rafael Sanhueza Lizardi, quien a finales del siglo XIX estaba realizando un viaje por Europa con la familia y que rompiendo los prejuicios hacia España decidió traspasar los Piri-

neos. Escribió sus experiencias en *Viaje en España*, que se imprimió por vez primera en Santiago de Chile en 1886 y que se reimprimió por segunda vez en París, en 1889.

Ya en el prólogo apunta que los viajeros hispanoamericanos apenas vienen a España, como destino único de su viaje, y añade que en sus respectivos países se desaconseja viajar a España, pues hacerlo es malgastar el dinero, la paciencia y el tiempo. España es vieja, fea, desaliñada; la mano negra y la retaguardia carlista ponen a cada paso en peligro la tranquilidad, el dinero y, a veces, hasta la vida de los transeúntes. En las aduanas los aduaneros<sup>8</sup>, llevan sus exigencias hasta lo inverosímil, no se puede introducir en España ningún libro que no este en lengua española, porque sería sospechoso de facineroso, anticlerical... Los medios de transportes son caros, molestos, anticuados... Los hombres, duros, fríos y descorteses. La vida es más costosa que en cualquier otra parte de Europa... Las ventas: incómodas y sucias. La comida hecha a base de aceite y ajo<sup>9</sup>.

Y se hace eco de quienes afirmaban que ciertos lugares de Sierra Morena y las Alpujarras, aún estaban habitados por moros. También se decía que en estos lugares habitaban los espíritus y que los demonios más perversos deambulaban por aquellas sierras aliándose en algunas ocasiones con los bandoleros y gitanos para atemorizar y robar, no sólo el dinero sino también el alma de quien se atreviera a pasar por aquellas tierras.

Décadas después, ya se habían roto los prejuicios hacia España, y muchos viajeros hispanoamericanos se encaminaron hacia este país, y en concreto hacia Andalucía, buscando sus raíces culturales. Así sucedió con el ensayista, novelista, viajero y político argentino Manuel Ugarte (1874-1951), quien viajó por España a principios del siglo XX<sup>10</sup>. Este político argentino evolucionó desde presupuestos ideológicos socialistas —compromisario de su partido en la II Internacional— a planteamientos nacionalistas. Fue muy crítico con las clases dirigentes e intelectuales hispanoamericanas de la época a las que decía: «Sois europeos en América y americanos en Europa». En su libro *El dolor de escribir: conferencias y recuerdos* (Madrid, 1933) decía que para «pintar la vida hay que empezar

<sup>8</sup> Todos los viajeros desde T. Gauthier hacen referencia a este hecho.

<sup>9</sup> Los condimentos de las comidas a base de estos ingredientes son detestados por los viajeros del siglo XIX, ya sean franceses, ingleses, portugueses, checos... Uno de los temas fundamentales de los libros de viajes por España es la descripción de las comidas y de lo poco que gustaban al viajero.

<sup>10</sup> UGARTE, M.: *Visiones de España*. Prometeo. Valencia, 1904.



a verla»; hay que conocer lo que está cercano en el espacio, es decir la naturaleza y lo que está en nosotros, nuestras raíces, para así comenzar a marchar hacia el futuro. Se interesó especialmente por Andalucía por su carácter de sociedad mestiza, dado la mezcla de culturas que la habían conformado.

## IMÁGENES DE LOS CAMINOS ANDALUCES

Todos estos viajeros recorrieron tierras andaluzas. Vamos a seguirles para presentar las imágenes que elaboraron de esa región. Iniciaremos y continuaremos ese camino de la mano sobre todo del viajero chileno Rafael Sanhueza Lizardi. De todos los que hemos mencionado fue quien tuvo que romper más prejuicios ideológicos, y ligaduras materiales y espirituales, que hacia casi imposible que un hispanoamericano viniera a España por su libre albedrío. Se impedía así el reencuentro de dos culturas y dos sociedades con muchos elementos históricos comunes y valores sociales compartidos. El criollo de aquella época se vanagloriaba de conocer mejor París y Londres que Madrid. Hispanoamérica parecía vivir de espaldas a España.

Ese viajero después de viajar con su familia por Europa decidió trasladarse a España. Atravesó este país desde el Norte al Este. Llegó a Valencia y desde allí se dirigió a Córdoba. El paisaje, las ruinas de los castillos, imaginarios o reales, le recordaron la España del siglo XI, un país de reinos que quieren abrirse un camino hacia el Sur. Evocó entonces las luchas del Cid, las de los caballeros e infantes anónimos, que un día luchaban a favor de la España cristiana y el otro a favor de la España musulmana. Los compara con las antiguas y recientes guerras de Chile. Las antiguas, las de los Araucanos, contadas y cantadas por Ercilla, y las recientes contra los países de su entorno para crear fronteras y banderas que los diferencien, aunque dicha diferencia se comunicase en el mismo idioma.

El viajero y su familia abandonaron Valencia en tren con la sola idea de ver el Guadalquivir. Llegaron a la ciudad de Córdoba por el puente de Alcolea de «negro mármol, descolorido y áspero por los arañazos de los tiempos, semeja un largo cocodrilo que se bañase con muelle de delicia en las aguas verde claro de las apacibles corrientes»<sup>11</sup>. Al cruzarlo el viajero recuerda la batalla que abrió el camino de Madrid a los que se sublevaron

---

<sup>11</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: *Viaje en España*. Garnier Hnos. París, 1889, p. 111.

en Cádiz contra la reina Isabel II y que nutrieron sus filas con sevillanos, onubenses, cordobeses, haciendo triunfar la «revolución gloriosa» contra la monarquía isabelina.

Entra entonces en la ciudad de Córdoba. El viajero chileno queda impresionado no por su monumentalidad, sino por sus ruinas. Una vez superada la primera impresión se pierde en un laberinto de calles estrechísimas, por donde no pasan un caballo, un perro, un vehículo.

Son esas calles, recorridas en la década de los veinte del siglo XX por el escritor norteamericano Waldo Frank, las que llevarían a decir a este hispanista:

«Las calles de Córdoba no son como las de Fez, ni como las de Kasbah de Argelia, ni como las de Lisboa. En las colinas y valles de Fez las calles trepan y se amontonan como los intestinos de un cuerpo. La negruzca espiral de las calles de Argel se alza siniestra entre el blanco sepulcro deslumbrante de sol, y la antigua Lisboa es explosiva...; sus calles giran y se empinan trágicamente en busca del cielo, que pierden cuando ya casi lo alcanzan. [Pero] Córdoba es orgullosa. Su orgullo es intrincado como el Talmud, duro y abstruso como el místico credo del Sufí; abierto como la página de Aristóteles. No es ni secreto este ojo de Córdoba, y si orgullo no premeditado. Y no está muda Córdoba tampoco. Su luz habla por ello; Séneca el estoico. Averroes el comerciante. Moisés ben Maimón, el primer racionalista de los judíos. Lucano y Luis de Góngora. Sereno Almanzor, el más acabado caballero árabe, para que, cuando gobernaba en España, decretó por respeto a los cristianos que el domingo fuese día de descanso. Córdoba se asienta entre montañas tumultuosas y un río perezoso. Es un equilibrio de montañas y de río; es una ciudad majestuosa...»<sup>12</sup>.

Coinciden pues el escritor norteamericano de la segunda década del siglo XX y el viajero chileno de finales del siglo XIX en describir Córdoba de la misma manera. Sobre todo lo que más les llamará la atención será la mezquita y su bosque de columnas, Twis<sup>13</sup> (1747-1821) viajero inglés del siglo XVIII quiso patentar un método de lectura cabalística para averiguar el significado del número de columnas. Ambos coinciden en la ruptura de la unidad de la mezquita con la catedral, pero también dejan

<sup>12</sup> FRANK, W.: *España Virgen*. Aguilar. Madrid, 1989, pp. 77-78.

<sup>13</sup> TWIS: *Travels through Portugal and Spain, in 1772 and 1773*. Printed for the author, and sold by G. Robinson, T. Becket and J. Sobson. London, 1775.

entrever que sin la catedral no se hubiera conservado la mezquita una de las más grandes del mundo islámico y que esta hubiera sido destruida como lo fueron tantas otras por el fanatismo y la intransigencia religiosa, de los vencedores sobre los vencidos.

La Córdoba cristiana, musulmana y judía. Están descritas las tres con sus personajes y templos más emblemáticos; pero nos falta un edificio, dónde se encuentra la sinagoga<sup>14</sup>. Allí los judíos —que eran muchos— estudiaban, leían, conversaban... Si a la mezquita se le incrustó la catedral, la sinagoga, tras la expulsión de los judíos en 1492, tuvo una vida azarosa. Pero siempre tuvo que ver directa o indirectamente con el culto religioso: primero fue ermita bajo la advocación de Santa Quiteria y la casa adjunta [Yesivá, escuela] fue destinada a hospital de hidrófobos. En 1536 se instaló en ella una cofradía con el nombre de la Cruz de Cristo y San Crispín. En 1588 pasó al gremio de zapateros que utilizaron el local para sus fiestas y reuniones. Se hicieron varias reformas, se taparon las inscripciones con yeso. Hasta que se declaró Monumento Nacional en 1885, iniciándose las primera restauraciones en 1886. Se abrió totalmente reformada según debería de ser la original en la década de los 90.

El viajero chileno dedicó gran parte de su viaje por Córdoba a recorrer las ermitas y los eremitas de Sierra Morena, donde el paisaje se llena de acebuches, algarrobos, encinas, alcornoques y pinos. Los precipicios que se divisan desde el borde de la carretera, nos dan la imagen de una tierra inhóspita, donde la relación con la divinidad, y los seres ocultos... es más fácil que en el llano. Dice el viajero chileno a propósito de las ermitas que «un asiento de madera al natural os recibe mientras aquellas puertas que no han conocido la pintura se abren silenciosamente á vuestro paso como si fuesen las de la eternidad»<sup>15</sup>.

Y cuenta entonces la famosa historia de aquel capitán de la guardia valona, que una noche se protegió de los espíritus que vagan por la sierra en una ermita y su eremita que cuidaba del alma era un hombre deforme, famélico y descarnado que estaba endemoniado por hacer el amor con unos demonios disfrazados de moras, que se decían descendientes de los «Gomez». Y señala que por aquellos lugares también pasaba de vez en cuando el Judío Errante.

La ermita nos es presentada como el lugar de protección ante la maldad del mundo. Estas ermitas de la Sierra se remontaban a la época

---

<sup>14</sup> CANTERA BURGOS, F.: *Sinagogas españolas*. CSIC. Madrid, 1984, pp. 1-32.

<sup>15</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: pp. 130-131.

romana e incluso antes. Lo que más llamó la atención del viajero chileno y de su familia fue la dieta semanal que seguían los eremitas de finales del siglo XIX:

«la alimentación sólo es de legumbres<sup>16</sup>; los domingos, martes y jueves, garbanzos<sup>17</sup>; los lunes y viernes, habas<sup>18</sup>; miércoles y sábados lentejas<sup>19</sup>, una pequeña cantidad»<sup>20</sup>.

La Andalucía de John Dos Passos dista mucho del mundo mágico y legendario que atrae al viajero chileno. Se preocupa más bien de mostrar las miserias y las persecuciones del hombre común. En su libro *Andalucía* está descrita a través de Córdoba, ciudad de toreros. Dice así a la salida de una corrida:

«—Pan y toros—murmuró el que me acompañaba—; pero no bastante pan.

[...] —Ahí va Belmonte—dijo—. La mitad de los que aplauden no han tenido en su vida bastante para comer. Los romanos lo entendían mejor: para tener al populacho tranquilo le llenaban la panza. Esos imbéciles... (Eché la cabeza atrás con gesto de repugnancia. Yo pensaba en los mantones y en las altas peinetas y en el pelo negro resplandeciente bajo el encaje y en los talles de avispa de las jóvenes y en la insolencia de los ojos negros sobre las fulgurantes ruedas de los carruajes) esos imbéciles dan sólo corridas. ¿Se dan cuenta, ustedes los de afuera, de aquí en Andalucía nos morimos de hambre, de que nos estamos muriendo de hambre hace siglos, que esos negros toros de lidia pueden pastar buenas tierras

---

<sup>16</sup> Las legumbres están en contacto con la tierra.

<sup>17</sup> (Sol, Marte y Júpiter) Es una comida festiva se como los días festivos y menos significativos del calendario cristiano o de significación ocultista.

<sup>18</sup> (Luna, Venús) día de ayuno, muerte de Cristo, noche de sabbat) Las habas estuvieron prohibidas en algunos rituales romanos, algunos filósofos decían que no se tenían que comer porque representaban el feto de un niño. [en las ciencias ocultas] Una variante del haba es la judía, que antiguamente se ofrendaban en el entierro de un difunto.

Las judías negras se creían que tenían el alma del difunto

<sup>19</sup> (Mercurio —mensajero— y el día de sabbat) Al igual que las judías se considera comida de duelo. La lenteja tiene forma de círculo, que enseña que el duelo es como una rueda que retorna al mundo. Además, las lentejas no tienen «boca», similar al que guarda luto, en algunas religiones monoteístas como judaísmo y musulmanes, permanece en silencio durante un tiempo determinado.

<sup>20</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: pp. 130-131.

de panllevar... ¡para hacer a España pintoresca! la única vez que vemos carne es en el ruedo. A esas personas que discurren todo el tiempo por qué España está atrasada y escriben libros, se lo diría yo en una palabra: desnutrición. (Empezó a reír desesperadamente y echó a andar otra vez con paso rápido...) Hemos resuelto el problema de la vida. Vivimos de aire, de polvo y malos olores»<sup>21</sup>.

Sigamos nuevamente en sus observaciones a nuestro viajero chileno, quien de Córdoba se desplazó a Granada.

En esta ciudad sus referencias históricas se trasladan a la Andalucía del siglo XV. Cita entonces los apellidos de los moriscos «Alabes, Gomelez y Venegas». Alguno de ellos fue protagonista de cuentos mágicos que se escribían y contaban en las cortes europeas.

Ve así el viajero chileno la Granada del siglo XIX como una transposición de Al-Andalus. Cuenta que uno de los días que paseaba por las calles de Granada, cabizbajo, meditabundo, sin rumbo, fijándose en cualquier cosa, pasó por delante de una de esas verjas grandes de hierros retorcidos que casi llegan hasta el suelo y llenas de flores. Junto a la verja vio un soldado envuelto en su capote, al otro lado una voz femenina que hablaba en voz alta, no sólo para que la oyera el soldado, sino también los que por allí pasaban. El viajero siguió paseando sin dar importancia a aquello, al rato volvió a pasar por el mismo sitio, y vio al mismo soldado, envuelto en su capote, hablando en voz alta, con la que posiblemente sea o será su enamorada. A esto en Andalucía —dice a sus lectores— lo llaman *pelar la pava*<sup>22</sup>. A las once de la noche oscurece en Granada y sus calles se pueblan de lances y encuentros furtivos.

Otro día el viajero chileno tiene una duda acerca de por qué la ciudad se llama Granada. No encuentra una explicación aparente al topónimo. Con esta inquietud se dirige al hotel. Cuando se encuentra con el hostelero, le pregunta, a qué se debe el nombre de Granada. El hostelero se quedó atónito le mira, y le dice:

«—¡ Cómo, hombre! Nos dijo el dueño del hotel, ¿no ve usted a primera vista que la configuración topográfica de esta ciudad está dándole a gritos ese nombre?

Mire usted, continuó diciéndole, al mismo tiempo que extendía la mano hacia el horizonte; allí ve usted que todos lo edificios de

---

<sup>21</sup> DOS PASSOS, J.: *Rocinante vuelve al camino*. Cénit. Madrid, 1930, pp. 109-110.

<sup>22</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: pp. 152-153.

la ciudad se hallan *escalonados* por la pendiente de esas tres colinas que usted puede perfectamente distinguir, desenvolviéndose en anfiteatro como los granos de una *granada madura abierta*»<sup>23</sup>.

Esta Granada mora que oscurece a las once se diferencia de lo castellano para Waldo Frank, el viajero norteamericano, en que es la «fusión de un paisaje uniforme», mientras que lo andaluz al igual que América, en concreto lo granadino es la «armonía del paisaje en la confusión de sus formas» y escribe que

«Desde la Sierra Nevada se precipitan dos riscos agudos que dividen la garganta del Darro. Gargantas áridas y más pequeñas los rompen y los deshacen hasta que vienen a morir en una llanura. Dentro de este mar quebrado de rocas y florestas se asienta tranquila Granada. Una de sus alturas es la Alhambra, el palacio de los reyes. Desde las torres baja el corte del precipicio hasta el río. Al Oeste se alza el Albaicín, un barrio populoso. Al Norte, cerca del río, se extiende un pueblo gitano, y hacia el Este, sobre otra eminencia, está el esplendor recargado del Generalife, lleno de terrazas y de cascadas. Físicamente, un caos; cultural y espiritual, un caos también»<sup>24</sup>.

Todos esos viajeros quedan deslumbrados por el monumento principal de esa ciudad: la Alhambra.

Nuestro viajero chileno, en su deambular por calles, callejas, plazas y caminos con su familia, llega a las márgenes del Genil que hacia el norte busca al Darro, y se encuentra con la cuesta de los Gómelez que conduce directamente hacia la Alhambra. Describe entonces minuciosamente cada una de sus partes, se para en alguno de sus salones, y en algún momento se pregunta ¿cuál fue la expresión de los cristianos cuando entraron en Granada? ¿Y la de la Reina Isabel cuando vio la Alhambra? El viajero hispanoamericano hace referencia a sus lecturas del libro de viajes de Alejandro Dumas, que se tradujo una parte al castellano en 1847 con el título *De París a Granada*, o el libro del que sale esta parte *Impresiones de viaje: de París a Cádiz* (1856-1857). Pero sobre todo se nota que ha leído y casi ha memorizado los cuentos y leyendas de Washington Irving, que

<sup>23</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: pp. 156-157.

<sup>24</sup> FRANK, W.: pp. 82-83.

fue, como ya se ha comentado, uno de los grandes divulgadores de la imagen de una Andalucía romántica en toda América.

De Granada nuestros viajeros se suelen encaminar hacia la otra gran ciudad andaluza: Sevilla.

Así el chileno Rafael Sanhueza Lizardi se fue en tren a la antigua Hispalis. Mientras avanzaba por el valle del Guadalquivir apenas pudo darse cuenta que el paisaje cambiaba. Antiguos y tradicionales castillos suspendidos en elevadas colinas; pintorescos poblados, ocultos en frondosos bosques de naranjos; olivares ya fatigados y campos extensos, cubiertos de árboles frutales de todo género, fue lo que él y su familia divisaron hasta que se hallaron en la línea férrea que recorrieron a una velocidad constante.

Lo primero que vio al entrar en Sevilla fue la Giralda. Durante todo el camino lo que más le llamó la atención fueron los campos alegres que contrastaban con la tristeza de los campos cordobeses.

Se alojó en la fonda *Betis*, a la que se dirigió por recomendación de otros viajeros. Recorrió la ciudad en un elegante coche americano. La ciudad de recordaba a la de Nápoles, pero sus calles plazas, iglesias... parecían una transposición de las ciudades hispanoamericanas.

«El cielo, el aire, el sol, el bullicio, la estrechez y la extensión de las calles; las ventas de todo género colocadas en las plazas; la afluencia de extranjeros de todos los climas y nacionalidades; el claro, anchísimo y espléndido río, dividiendo a la ciudad en dos inmensos y bien diferentes barrios y espaciándose como bahía de dilatado mar; los innumerables buques de diversos tamaños y proporciones, meciéndose dulcemente en sus corrientes y cargando la loza, los tejidos, las frutas y todos los productos de la ciudad...»<sup>25</sup>.

El viajero chileno observa Sevilla, puerto comercial, lugar de donde partieron la mayoría de los barcos hacía América. Nos describe la calle de *Las Sierpes*<sup>26</sup>. También comenta cómo en sus calles se han ambientado alguna de las novelas picarescas más importantes del barroco. Por ellas la ciudad fue conocida en medio mundo y a través de ellas se criticó la miseria a la que estaba condenada una sociedad hidalga y mísera, donde la opulencia se quedaba en la corona o marchaba a los banqueros holandeses o los comerciantes ingleses.

---

<sup>25</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: p. 182.

<sup>26</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: p. 187.

Siguiendo su deambular mágico por Andalucía. Señala cómo las calles de Sevilla están pobladas de recuerdos. La imaginación y las leyendas, mezclada con la incredulidad y el fatalismo, le hace oír al viajero extrañas leyendas e invenciones como la de la calle *Cabeza del rey don Pedro*<sup>27</sup>.

«En la primera mitad del siglo XI, á horas muy avanzadas de cierta lluviosa noche de invierno, los moradores de la calle en cuestión fueron despertados por el fuerte choque de las espadas de dos obstinados combatientes y por el ¡ay! de agonía del menos afortunado, quien gritaba con dolorido acento: ¡Dios me valga! ¡muerto soy!

Una vieja se asomó entonces al balcón de su morada con una luz en la mano; pero retiróse súbitamente, dejando caer, sin quererlo, la luz, en el mismo punto de la contienda. Se asegura que el espanto de aquella curiosa anciana provino, más que de haber visto á un hombre nadando en un mar de sangre, de haber conocido a su matador que abandonaba en estoica frialdad el lúgubre sitio, limpiando con su pañuelo la hoja de su tajante de Toledo, y produciendo un rumor seco como el del choque de dos huesos.

La justicia, aunque tomó el cadáver del occiso y el apagado candil que la asustada anciana dejó caer, no pudo, sin embargo, descubrir indicio alguno que le revelara la persona del matador.

Don Pedro, primero de Castilla, llamado por unos el cruel y por otros el justiciero, que a la sazón reinaba, hizo llamar al alcalde y lo amenazó con hacerle cortar la cabeza si dentro de cuarenta horas no se había descubierto el delincuente.

El afligido mandatario que sabía muy bien que don Pedro cumpliría la amenaza, prendió, entre otros, á la referida anciana del candil, quien se obstinaba en no declarar aun soportando la terrible prueba del tormento inquisidor. Por suerte, cuando los dolores eran más recios, siente los pasos de un hombre que al andar producía aquel mismo ruido seco y sordo del choque de dos canillas, que ella había oído en la fatídica noche del misterioso homicidio. En el acto, incorporándose como pudo en su terrible situación, grita con vos desfallecida: «Ese que entra es el autor del homicidio». Los verdugos se vuelven en el acto hacia ese hombre; pero horrorizados al verlo, casi se desmayan, pues vieron al

---

<sup>27</sup> SANHUEZA LIZARDI, R.: pp. 190-193; esta leyenda se repite en casi todos los libros de viajes decimonónicos.



mismo rey don Pedro, que apenas alcanzó á darse cuenta de aquella rápida escena.

En efecto, era el rey el que había muerto con su acero, no á enamorado y romántico trovador no mucho menos á rencoroso enemigo, sino á un contumaz y reincidente ladrón que era el terror de la ciudad. El estaba disfrazado, pero la anciana le reconoció en el ruido especial que producía cuando andaba. Don Pedro perdonó naturalmente á la anciana; pero no se perdonó a sí mismo y, a fin de que el delincuente no quedara sin el castigo acostumbrado, ordenó que se hiciese poner en efigie su propia cabeza con un dogal al cuello, en el mismo punto que cayera expirante el infeliz bandido... —no la busquéis que esta cabeza no se encuentra ya—».

El viajero chileno visitó todos los lugares «americanistas» de esa puerta de América: su biblioteca Colombina, donde se pueden ver los autógrafos del enigmático Colón, y el Archivo de Indias donde se guardaban, ordenaban con cuidadoso celo, las relaciones, informes, disputas., de las tierras americanas.

La populosa Sevilla, de finales del siglo XIX, estaba más empobrecida que nunca, pero había lugares de febril actividad laboral como la Fábrica de Tabacos, donde parece buscar a *la Carmen* de P. Merimée.

A lo largo de su paseo señala cómo Sevilla es quizá el pueblo de Andalucía y de España más fecundo en hombres ilustres: Enrique II, Fernando IV, dramaturgos, poetas, filósofos, pintores como Velázquez y Murillo.

Desde Sevilla el lugar habitual de destino de los viajeros que recorrían Andalucía era Jerez. Allá se dirigió nuestro viajero chileno, quien recurrió nuevamente al tren para desplazarse. En su viaje fue admirando el paisaje, sobre todo los campos de vid. Entretanto iba recordando los últimos avatares de los visigodos y de su rey Rodrigo, la traición de don Julián y la valerosa defensa de Guzmán el Bueno.

Al llegar a Jerez analizó este viajero el significado del epíteto *la frontera*. Dicho epíteto, arranca de que Jerez fue, después de la recordada batalla, el límite meridional de la España cristiana en los tiempos del reinado de don Alfonso XI.

Encuentra esa ciudad bellísimo y llena de poesía, donde siempre se mantiene la perpetua primavera. Dedicó su estancia a recorrer sus viñedos. Es probable que el viajero tuviera relaciones con los negocios vinícolas en

Chile. Recorre varias bodegas y las describe, de la mano de un emigrante jerezano a Chile, el Señor Hurtado.

Días después se desplazó a tierras de la bahía de Cádiz. Durante esa etapa de su recorrido andaluz paró en Santa María y en el Puerto de San Fernando. Aquí visitó el arsenal de La Carraca, del cual alaba su modernidad y las atenciones que le mostraron, al enseñárselo en su totalidad, cosa que no le ocurrió cuando visitó el arsenal francés de Tolón.

A medida que iba avanzando hacia la ciudad de Cádiz fue recordando los acontecimientos de 1810, la resistencia de la ciudad ante las tropas francesas y sobre todo la Constitución de 1812, la única Constitución que recibió el refrendo de las provincias españolas de América, quizá la más liberal y progresista del siglo XIX. Toda Cádiz, al igual que Sevilla, le recordaba América. Hace mención de sus bibliotecas y centros de enseñanza y academias.

De Cádiz se dirigió a Gibraltar y aquí tomó un barco que le llevó a Málaga. Llegó a esta ciudad prejuiciado y con reticencias, pues las guías para turistas y los libros de viajes la consideraban como la más fea de Andalucía. Pero él puso empeño en buscar y describir sus lugares más atractivos como Gibralfaro, los paseos y las plazas, la catedral, y se fija con atención en su incipiente vida intelectual.

Viajeros posteriores como Waldo Frank, recordarían a algunos malagueños ilustres como el poeta judío Ibn Gariol, al que dedicó algunas páginas de su *España Virgen*, en las que recogió algunos de los versos que escribió cuando tuvo que exiliarse de Al-Andalus

Espera en Dios alma mía,  
 en calma y tristeza,  
 en pie, atisbando, hasta que  
 al mirar en ti se fije el que mora en los cielos.  
 Cierra tu puerta tras de ti,  
 escóndete hasta que pase la furia;  
 que no te importe mucho  
 si tiene sed o hambre:  
 Muy grande será tu recompensa,  
 y en el mundo futuro te irá bien.  
 Abstente de ir en pos  
 de la Tierra, y no trates don ella  
 -¿Qué te pasa, mundo infiel,  
 que andas dando vueltas?

Fue en la ciudad malagueña donde terminó el periplo andaluz de nuestro viajero chileno, y donde nosotros ponemos punto final a esta evocación y análisis de algunas de las imágenes que nos transmitieron determinados viajeros norteamericanos e hispanoamericanos que recorrieron la región andaluza durante la época contemporánea.